

de besar mis piés. Tú nos has ungido con aceite mi cabeza, y esta ha derramado sobre mis piés sus perfumes. Por lo cual te digo, que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquel á quien menos se perdona. Entonces dijo á la mujer: Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron á decir interiormente: ¿Quién es este que también perdona pecados? Mas él dijo á la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.

CAPITULO XVI.

ENVIA JESUCRISTO A PREDICAR A SUS SETENTA Y DOS DISCIPULOS, Y EL BAUTISTA ES DEGOLLADO EN LA CARCEL.

Varias son las opiniones y conjeturas que se han formado sobre la mujer pecadora cuyo arrepentimiento y lágrimas se acaba de ver. Ninguno de los comentadores ó expositores del Evangelio duda que conservase preciosamente el resto de sus dias los frutos del favor que acababa de recibir, y que los fervores de su amor reconocido, después de haber conseguido el perdón, hayan igualado el fervor de su mismo amor penitente cuando suspiraba aun por el momento de la gracia. Pero algunos de ellos reparan en asegurar que fuese una del número de aquellas otras distinguidas por su virtud á las cuales permitió Jesús que le siguiesen en sus correrías evangélicas, aunque las mas de ellas fuesen de las que había curado de sus enfermedades y librado del espíritu maligno. Entre otras nos dice san Lucas [1] que se hallaba Juana, esposa de Chusas, mayordomo de la casa de Herodes, una mujer llamada Susana, y sobre todas Maria, por sobrenombre Magdalena, á la que había librado de siete demonios; ilustre en la serie de la historia de Jesucristo, por la tierna y

[1] Luc, cap. 8.

afectuosa devoción que conservó á su divino Maestro hasta el punto de su sepultura, por la dicha que tuvo de verlo la primera después de su resurrección, y por la honrosa comisión que le dió de ir á llevar esta nueva á los apóstoles.

No faltan escritores de nota que creen que esta María Magdalena, tan favorecida de Cristo, es la misma cuya conversión se ha descrito; pero otros suponen y afirman lo contrario, porque la naturaleza y publicidad de sus antiguos desórdenes, aunque llorados y perdonados, siempre á juicio de un vulgo poco conocedor del interior de los corazones é inclinado á pensar pésimamente aun de la virtud más pasmosa y conocida, debía dejar alguna tacha en su reputación, y no convenia á la de Jesús que fuese compañera de los viajes que habia de hacer con sus apóstoles y discípulos. En vista de esto pueden creer con algun sólido fundamento que acaso Jesús se portaria con ella como el endemoniado de Gerasa, mandándola se quedase allí en su propia ciudad para que fuese un testimonio perenne de su misericordia y la publicase sin cesar á sus compatriotas, no permitiéndola que lo siguiese, como tampoco lo permitió á la mujer de Samaria. Mas sea de esto lo que fuese, en nada se perturba ni perjudica la narración histórica de los trabajos del Salvador; antes al contrario, se ve más claro con cuanto conocimiento, utilidad y ventajas los disponia para repartir copiosamente sus gracias en el discurso de la misión que emprendió durante la ausencia de sus apóstoles y discípulos, á los que habia enviado de dos en dos á predicar el Evangelio de gracia á todas las ciudades y lugares donde él pensaba ir después [1].

El nombramiento particular y señalado de estos setenta y dos discípulos, á los que no prescribió un modo de vivir tan áspero como trazó á los apóstoles, en la primera misión, aunque en lo demás les dió las mismas instrucciones, los mismos mandatos, el mismo poder, y bendijo igualmente sus trabajos: fué un signo de que después de su resurrección y ascension á los cielos, su fe habia de ser predicada y anunciada á las gentes de setenta y dos lenguas, así como antes en la elección de los doce apóstoles se significaron las doce

[1] Luc. cap. 10, v. 1.

tribus de Israel; por esto la primera lengua entre todas, que era la hebrea, se dividió después en setenta y dos. Los apóstoles, que recibieron en su misión preceptos más duros, denotaban la forma de los obispos, esto es, del primer orden ó de los sacerdotes mayores, y los discípulos eran la figura de los sacerdotes menores ó pastores de segundo orden, cuales son los curas párrocos, aunque en los primitivos tiempos de la Iglesia todos se llamaron obispos. Los envió de dos en dos para que entendiesen que habian de convertir á dos pueblos, el judío y el gentil; que les habian de procurar la salud corporal y la espiritual; que les habian de predicar los dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo; que se habian de consolar el uno al otro, y para que los pueblos se convenciesen de que era la la verdad la que les predicaban, pues se hallaba de repente autorizada por dos testigos cuyo testimonio, segun la ley [1], era irrecusable. Los envió delante de él para que la venida de Cristo á nadie se ocultase, y le preparasen el camino y el hospedaje en el corazón de los hombres, y los envió á todas las ciudades y lugares para que conociesen que después de su ascension á los cielos habian asimismos de predicar en todos, por grandes y pequeños que fuesen [2].

Salieron pues y dieron vuelta por los castillos y lugares, evangelizando por todas partes, empleando en este ministerio cerca de tres semanas, plazo sobradamente dilatado para unos hombres que por primero vez se separaban de tan divino Maestro para ensayarse en el ejercicio de tan altísimas funciones que les habia confiado; pero como aunque llevaban poder y autoridad sobre los demonios, no estaban exentos de la flaqueza de la humanidad, los llamó el Señor otra vez cerca de su persona y les señaló á Cafarnaum para que allí se reuniesen todos antes de la solemnidad de la Pascua; mas entre tanto que se verificaba la reunión de los discípulos con el Maestro, le arrebató la injusticia y la venganza de una mujer adúltera é incestuosa á su santo precursor.

Gustosos volvian los discípulos á la vista de Jesús después de ha-

[1] Deuteronom. c. 19, v. 15. Math. c. 13, v. 16. Div Paul. Ep. 2.ª ad Corinth. c. 13, v. 1.

[2] Las instrucciones dadas por Jesucristo á los discípulos que en esta ocasión envió á predicar, son las mismas que dejamos escritas pág. 13 y siguientes.

ber lanzado los demonios y curado los enfermos mas desahuciados, sin usar de otro remedio que un óleo simple al que dió Dios esta admirable virtud y que figuraba desde entonces, el de la Extremación [1]. Refiriéronle cuánto fruto habia hecho su palabra en aquellos á quienes habian predicado; y como su virtud obraba donde él estaba, extendiéndose á lugares muy remotos y haciéndose sentir á un tiempo mismo en parajes muy diferentes; sobre lo que dice el venerable Beda [2]: Bien dijeron los discípulos, porque dieron todo el honor á la eficacia y virtud del nombre de Cristo; pero como tenian aun una fe muy imperfecta, se alegraban por los milagros que habian obrado; y como el Señor los vió por ello casi envanecidos, para desterrar la soberbia de su corazón y toda la vanagloria en que que pudieran incurrir, les dijo: Yo estaba viendo desde el principio del mundo á Satanás caer del cielo á manera de relámpago. Y podia decir en verdad que lo estaba viendo, porque él fué el que le precipitó. El rayo cae con la mayor velocidad y manifestamente, y con hedor é inflamación: así los demonios cayeron del cielo en un instante viéndolo los ángeles santos, arrojando el pestilente hedor de su propio pecado, siempre dispuestos á inflamar los hombres por la tentación. La causa de esta espantosa ruina fué la vanidad y soberbia que concibieron viendo su grandeza y hermosura. Así pues lo que el Salvador quiso decir fué: Vosotros veis que os he engrandecido y dado poder de hollar serpientes y escorpiones y toda la fuerza del enemigo, de suerte que nada podrá haceros daño. Guardaos pues con suma diligencia y cuidado de no engreiros y ensoberbeceros por la gran potestad que os he concedido sobre los demonios, no sea cosa que por esto mismo os precipiteis; gozaos, sí, y alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos [3].

Con el ejemplo de Satanás quiso el Señor aterrarlos para que desoyesen las voces del espíritu de la soberbia, acordándose que por ella le habia arrojado de su sublime asiento, y animarlos á seguir la humildad, conociendo que si aquel criado en el cielo fué arrojado de él, ¿cuánto mejor lo serian ellos que habian sido criados

[1] Concil. Trident. Sess. 14, cap. 1.

[2] Ven. Bed. in cap. 10 Lucæ.

[3] Lucæ cap. 10, vs. 18, 19 et 30.

en la tierra y salidos del polvo y de la nada? Si aquel por la soberbia cayó del cielo, entiendan los soberbios que de ninguna manera podrán subir allá. Son muy dignas de notarse las palabras de san Gregorio [1] sobre este punto tan interesante: Admirablemente quiso reprimir el Señor la hinchazón y la soberbia en el corazón de sus discípulos cuando con tanta oportunidad les recordó la espantosa ruina del maestro de aquel horrible vicio, para que aprendiese en el autor lo que de sus obras debian temer y esperar. Cualquiera por consiguiente que se convirtió, y de malo que era comenzó á ser bueno, tema mucho ensoberbecerse por las virtudes que practica, no sea cosa caiga por la vanagloria en su precipicio mas hondo que aquel en que antes yacia. No confies demasiado en la dignidad de tu naturaleza; no te envanezcas por la sabiduría, ni por el honor, ni por el poder que tu condicion y estado te conceden: mucho mayor es la naturaleza angélica bajo todos los conceptos con que quieras mirarla, y sin embargo, cayeron por su soberbia los ángeles y están bajo tus pies. Mucho mejor, y sin comparación alguna mas útil y ventajosa es una humilde confesion de las culpas después de haber caido en ellas, que la soberbia y la vanagloria después de las obras buenas [2].

De este modo animaba Jesús con sus promesas y fortificaba con sus instrucciones el corazón de los primeros doctores de su ley y de su Iglesia. Para llenar debidamente las grandes obligaciones de su ministerio, les eran necesarias fuerzas y luces algo mas que naturales, y mas particularmente en un tiempo en que veian perseguido con tanta obstinación á su Maestro por la envidia de los fariseos y la muerte del incomparable Juan Bautista que habia sucedido, y oyeron referir durante su mision, hubiera sido bastante para hacerles perder el ánimo si el Maestro divino no les hubiera fortalecido con sus instrucciones y con la gracia que como Dios derrama sobre ellos.

Cercana estaba el día de la Pascua cuando coincidió el del nacimiento de Herodes, y determinó el tetrarca celebrarlo con públicos regocijos y grandes diversiones, preparado al efecto un espléndido

[1] Div. Gregor. lib. 23, Moral. cap. 4.

[2] Div. Agust. in Psal. 93.

banquete al que fueron convidados los principales magnates de la corte [1], los jefes de las tropas y las personas mas considerables de Galilea. La cruel Herodias, concubina del malvado principe, vivia siempre agitada de un tormentoso recelo á causa de las predicaciones de Juan, temiendo no se venciese por fin su cómplice y la devolviese á su hermano; por lo que no tanto se ocupaba en gozar de los placeres del festin, cuando en maquinár pensamientos de venganza contra el santo Precursor, buscando una ocasion favorable para perderle. Ni los goces y delicias que disfrutaba, ni el tiempo que todo lo mitiga y consume, habian podido borrar de su corazon la osadía santa con que aquel varon respetable reprendia sin cesar á Herodes el comercio adúltero é incestuoso con que ella mantenía; y aunque era amada casi con especie de idolatría que debía tranquilizarla, sin embargo, el zelo del hombre de Dios para ella era un crimen imperdonable y una injuria atroz que una mujer abandonada, sin pudor y sin religion, no podia olvidar.

No se escondía á Herodes el gran prestigio que Juan Bautista tenia en el pueblo, no solo entre la gente vulgar, sino tambien entre los ricos y poderosos: su virtud tenia grandes atractivos, la ansteridad de su vida grandes admiradores, y su amabilidad y dulzura le habian hecho grandes partidarios. Razones pues de alta política y un aparente respeto impedían á Herodes determinarse á dar gusto á Herodias, sacrificando á sus caprichos el hombre que tanto aborrecia, y uno y otra buscaban al parecer ocasion de hacerlo, sin comprometer la tranquilidad del pueblo y exponerlo á una sedicion. Tenia Herodias una hija de Filipo, á la que amaba Herodes con la mayor ternura, lo que conocido por su madre resolvió hacerla el instrumento de sus venganzas.

Era costumbre entre los judfos no sentarse las mujeres en los banquetes y mucho menos en las mesas de los principes en los dias de grandes festines; por lo que dió Herodias orden á su hija que en el tiempo oportuno se presentase, que danzase en presencia de Herodes y de toda su corte, y que no omitiese cosa alguna para darle gusto. Obedeció en todo la hija con tanta puntualidad á su madre

[1] Marcos, cap. 6, v. 21.

y danzó con tanta habilidad y destreza, que mereció los aplausos de todos los convidados; y sobre todos de Herodes, que queriendo dar á la saltatriz una prueba de su benevolencia y aprecio, en el primer acceso de su loca alegría la dijo: *Pídeme lo que quieras, que yo prometo no negarte nada, y te juro que te lo otorgaré, aunque fuese la mitad de mi reino.* Aceptó la jóven la oferta, pero no se atrevió á pedir sin consultar con su madre, á la que dando cuenta del suceso, pidió parecer sobre lo que habia de pedir. Llegó para aquella mujer infame la ocasion que con tanto afán habia buscado, y soltó el dique á su venganza. Si dijo llena de gozo; pues anda otra vez y no pidas otra cosa *sino la cabeza de Juan Bautista.* Peticion que se hizo, por mas horrible y feroz que parezca; que se concedió al instante por mas que Herodes aparentase tristeza por haber hecho la promesa con juramento, y que se ejecutó prontamente por evitar la vergüenza de desdecirse, y el temor de que se atribuyese á cobardía el dejar de cumplirla.

Por mas espantoso que parezca este cuadro, no hay duda que hubo en el mundo una madre que tuvo valor para aconsejar á su hija una peticion tan sacrilega, tan detestable y cruel, que hubo una jóven tan destituida de sentimientos de humanidad que se atrevió á repetirla, y que hubo un hombre tan asesino y bárbaro, que en vez de bramar de cólera y de indignacion cuando se la presentaron, no tuvo valor para resistirla, alegando un juramento que ninguna ley le obligada á cumplir: porque no hay obligacion de guardar un juramento cuando sin advertencia ni cautela se jura una cosa mala. Herodes fué engañador en el jurar y sacrilego en cumplir lo jurado. Juró á presencia de los convidados para que todos fuesen compañeros de su maldad, y mandó cumplir á su vista lo jurado para que fuesen tambien cómplices en su execrable delito, no corrigiéndole ni resistiéndole. Juró tal vez, dice san Gerónimo [1], para tener una acasion aparente de matar á Juan y evitar la sedicion del pueblo porque pareciese que hacia forzado lo que no hacia sino muy espontáneamente. Disimulador malvado [2] de lo que pasaba en su corazon, aparentaba tristeza en el rostro y se alegraba interiormente

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

[2] Ven. Bed. in Marcum, cap. 6.

te. Excusaba su maldad con un juramento para ser mas impio invocando la piedad. Así Herodes es el símbolo de todos aquellos que cubiertos con el hermoso manto de la religion no conciben sino pensamientos de iniquidad, y esperan ocasion oportuna para realizarlos. En Herodias se representan la lujuria, y en la saltatriz la disolucion y la desenvoltura de los licenciosos y lascivos; por cuyo medio Juan, esto es, el hombre virtuoso y santo, es degollado muchas veces espiritual y corporalmente. Herodes cumplió su promesa, dió la órden, y el Bautista fué degollado en la cárcel.

¡Qué desgraciados son los pueblos cuando los palacios de los que gobiernan no están habitados por hombres de conciencia y honor! ¡Qué desventuradas las naciones cuando sus principes y reyes son afeminados y lascivos! ¡Qué cúmulo tan inmenso de males no vienen sobre ellas cuando los poderosos y grandes no están formados en la escena de la religion y no les sirven de freno sus preceptos ni los contienen las leyes de la sana moral! Cual exhalacion violenta que de la esfera descendiendo, cual nube que piedra descarga, cual peñasco horrible que de la cumbre del monte se desgaja, ó cual rio en fin salida de madre, que sordo siempre é insensible se muestra y todo lo destruye, lo arrasan, todo lo aniquilan y talan, y sin compasion alguna todo lo arrancan y arrebatan; así para aquellos seres desalmados destituidos de todos los sentimientos de humanidad, de religion, de justicia, de honor y de virtud, la suerte, la fortuna y el bienestar de las familias, el honor y la vida de los hombres, por justos y virtuosos que sean, todo es un juguete pueril para ellos, todo es despreciable y poco, nada juzgan tan precioso y estimable que tengan reparo en atropellarlo todo por no perturbar sus placeres y atender á la satisfaccion impia de sus gustos y deleites. Ellos imaginan que los demás hombres no han sido criados sino por su respeto y servicio; por esto los miran como seres de otra especie degradados á su vista y envilecidos, y no reparan en hacerlos victimas de sus mas vergonzosas pasiones; así el Bautista vino á serlo de la deshonestidad de Herodias y de la cobardía de Herodes. Así el premio de la saltatriz fué la cabeza ensangrentada del precursor santo de Jesús, que por órden del tetaraca se le presentó en un plato por la mano del mismo verdugo ejecutor de la sacrilega órden que

se le habia dado. ¡Oh! y cuán bien dijo el eclesiástico [1]: *El vino y las mujeres hacen apostatar á los sabios y desacreditan á los senatos. El que se junta con las ramerías, perderá toda su vergüenza; la padre y los gusanos serán sus herederos; será propuesto por escarmiento y será borrado del número de los viciados.* Todo lo que se cumplió perfectamente en el desventurado Herodes. Un pecado mas pequeño fué causa de un pecado mayor; porque no reprimió su voluntad lividinosa llegó hasta la lujuria, y porque no extinguió la lujuria descendió hasta el homicidio.

Cuatro cosas cual mas cruel y horrosa, se ofrecen en este pasaje á la vista del hombre observador. Primera, la gran crueldad de mandar tan injustamente la degollacion. Segunda, hacer alarde de este tan bárbaro y cruel homicidio, mandando presentar en un plato la cabeza del degollado entre las delicias de un festin. Tercera, entregarlo con premio de su desenvoltura á una jóven saltatriz á presencia de todos y observar como á pesar de la debilidad de su sexo y de sus pocos años, mira sin horror y se mantiene firme á vista de un espectáculo tan sangriento, teniendo en sus manos la cabeza aun palpitante de un hombre santo, con una constancia solo propia del espíritu mas feroz de la venganza, y solamente digna de la inmundia sangre que por sus venas corria. Y la cuarta y mas cruel que todas es ver cómo aquella reliquia tan santa y respetable pasó á manos de una mujer adúltera que tanto la aborrecia. Sobre esto se explica el Crisóstomo con su acostumbrada elocuencia, y dice [2]: Esta mujer es la antigua malicia que arrojó á Adán de las delicias del paraíso; que hace terrenos á los hombres celestiales; que arrojó en el infierno al género humano; que quitó la vida al mundo por una manzana de un árbol; esta hizo un mal por el que todos los hombres fueron condenados á muerte; esta encontró el verdadero trabajo y las angustias que ahora condenaron al Bautista; esta deprime la puericia, pierde la juventud, atrae, inquieta y atormenta la casi muerta ancianidad. ¡Mujer perversa! ¡Inaudita malicia que tantos y tan graves males causó, causa y causará al mundo hasta la conzuncion de los siglos!

[1] Eccl. cap. 19, vs. 2 et 3.

[2] Div. Crisostom ex variis in Math. locis. Hom. 16.

Es preciso empero y conviene dar algunas noticias de esta tan desastrosa mujer, segun nos las trasmite el célebre historiador Josefo [1]. Algunos han creído que el primer marido de Herodias fué Filipo el tetrarca; pero no es así, sino que fué otro hijo de Herodes el grande y de la segunda Mariamne, hija del sumo sacerdote Simon. Josefo le llama tambien Herodes, cuyo nombre acostumbraban á tomar los principes de esta familia. El tetrarca de Galilea que mandó decapitar á Juan, se llamó tambien Herodes, aunque su verdadero nombre era Antipas.

Este Herodes Antipas que tuvo Herodes el grande de cierta Cleopatra, de nacion judia, estaba casado hacia ya algunos años con una hija de Aretas, rey de la Arabia Petrea, cuando en un viaje que hizo á Roma vió á la mujer de su hermano Herodes Filipo, y apasionándose de ella concertó en secreto este matrimonio incestuoso en que consintió aquella, ó por la persona ó por el poder de Antipas. Era hija de Aristóbulo, hijo segundo de la desventurada y virtuosa Mariamne, de la dinastía de los Asmoneos, y habia dado á su esposo Herodes Filipo una hija llamada Salomé, la misma que pidió y obtuvo la cabeza del Bautista por intimacion de su madre [2]. Habiendo sabido la princesa árabe que estaba resuelto su repudio entre su marido y Herodias y que debia ceder á esta su calidad de esposa, aparentó que no lo sabia cuando regresó Herodes de su viaje, y solamente le pidió licencia para retirarse por cierto tiempo á Maqueron, fortaleza que pertenecia entonces á su padre, á cuyo reino se refugió inmediatamente. Por esta causa se encendió una guerra entre Aretas y Antipas, en que hicieron los árabes tal carnicería, que perdió el segundo todo su ejército.

Algunos judios creyeron que Dios destruyó el ejército de Herodes en castigo de haber quitado la vida á Juan Bautista, cuya poderosa influencia temia el rey, porque acostumbrados los judios á seguir

[1] Josefo. Antiquit. Judeor. lib. 18.

[2] Esta opinion de Josefo está contrariada por algunos padres de los primeros siglos y por otros rabinos, que aunque convienen en que se llamaba Salomé la saltatriz, no convienen en que fuese hija de Filipo, sino del mismo Herodes como aseguran; pero esto lo contradice san Marcos, y la de los primeros no tiene otro apoyo sino la costumbre de aquellos tiempos, en que el nombre de Herodes era comun á todos los reyes, como el César lo era á los emperadores romanos.

en todas las cosas sus consejos, pensó que su muerte podria arrastrarlos á la rebelion, y creyó que era mas provechoso para sí quitarle la vida, que escarmentar tarde en la ruina de su poder: por esto mandó llevarlo atado á Maqueron, donde fué decapitado. San Gerónimo opina que no fué decapitado en el castillo de dicha ciudad, sino en Sebaste, que era otra de la Palestina, la que antiguamente se habia llamado Samaria, donde Herodes habia mandado edificar un gran palacio [1], y que después fué sepultado en Maqueron, ciudad de la Arabia, á la otra parte del Jordán; mas esto parece contrario á la historia eclesiástica, que dice que fué muerto en esta ciudad y sepultado en Sebaste. La cabeza santa del Bautista fué llevada á Jerusalem por orden de Herodias y sepultada con reserva y cautela no muy lejos de la habitacion de Herodes, por que temia que resuscitase si se hubiese sepultado con el cuerpo, el que por revelacion del mismo san Juan hallaron dos monjes mucho tiempo después envuelto en unos sacos ó túnicas de cilicio que se creyó eran los mismos vestidos que usaba en el desierto, y trasladado á Jerusalem fué sepultado entre los cuerpos de los santos profetas Heliseo y Abdias.

Al dar cuenta los Evangelistas de este acontecimiento trágico, solo nos dicen que habiendo llegado á noticia de los discipulos de Juan la inesperada muerte de su maestro, fueron á pedir su cuerpo, el que se les concedió, lo pusieron en un féretro y lo llevaron á la sepultura donde lo depositaron. La degollacion no ocurrió el mismo dia en que la Iglesia celebra esta festividad, sino muy cerca de la pasqua de los ácidos, en el año anterior á la muerte del Salvador, habiendo estado un año entero en la cárcel. Después que los discipulos de Juan hubieron tributado á su maestro los últimos homenajes de misericordia, fidelidad y honor, y creyendo que nadie estaba mas interesado que Jesús por la persona del Bautista, fueron á llevarle la triste nueva y á consolarle con él de la sensible pérdida que acababan de sufrir. Llegaron á Cafarnaum casi al mismo tiempo que los apóstoles y discipulos de Jesús, pero aunque nada podian decirle que su Majestad no supiere, no por eso dejó de escuchar á todos benignamente: aflagióse el Señor con ellos como era natural, y les di-

[1] Div. Hieronim. De loco necis Joann. in cap. 14 Math.

jo cuanto podía conducir para consolarlos: ofreciéndoles su protección y escuela para que pudiesen seguirlo, y compensar con ventajas la pérdida que acababan de experimentar.

Con los discípulos de Juan y los de Jesús acudieron también una inmensa multitud de gentes que iban para ser instruidos y aliviados en sus males y dolencias, y á ser libertados de los espíritus malignos; pero el Señor no tenía aliento para negarse á ninguno: apenas ealian unos cuando venían otros, y ni aun les dejaban tiempo para tomar el alimento necesario; y compadecido de ellos el divino Maestro los llevó á un lugar desierto y apartado para que pudiesen tomar algun descanso.

San Agustín, cuando contempla la degollación del Bautista, dice [1]: Verificóse en Juan lo que él mismo había predicho hablando á sus discípulos de Jesucristo: *Conviene que el cresca y que yo mengüe* [2]; porque Juan menguó cuando le cortaron la cabeza y Cristo creció cuando le extendieron en la cruz. Y san Gregorio añade: La degollación de Juan indica la minoración de la fama de aquel que era tenido por Cristo por el mismo pueblo, así como la exaltación de Cristo en la cruz demuestra la propagación y aumentos de la fe; porque el mismo que antes era tenido por las tribus solamente como profeta, fué conocido después por todos los fieles como Hijo de Dios y Señor de los profetas. Así es que Juan, que había de disminuirse, nació cuando el sol empieza á menguar en su carrera ó á disminuirse el día; y el Señor, que había de crecer, nació también cuando el astro luminoso del día comienza á alargar su curso ó el día á alargarse [3]. Y que esto aun hoy día se verifique y suceda, lo estamos viendo nosotros, dice san Jerónimo [4]: Jesucristo es la cabeza de la ley que se separa de su cuerpo propio, esto es, del pueblo judaico; y se da á la muchacha gentil, que es la Santa Romana Iglesia, y la joven lo da á su madre adúltera, que es la ingrata sinagoga, que al fin del mundo ha de creer y convertirse. Ved ahí cómo muere Juan, el amigo mas íntimo del Salvador Jesús, su

[1] Div. Agust. Sermon. De Degollation Joann.

[2] Joann., c. 3, v. 30.

[3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.

[4] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

pariente y gran secretario del Hijo de Dios. Ved ahí cómo fenecía un hombre tan grande y de tan singular virtud, cual si hubiese sido un malhechor. ¡Oh impiedad! ¡oh crueldad inaudita! El justo es degollado; su cabeza es el precio de un baile; su cabeza se lleva en un plato, se ofrece á los convidados; ¡grande vianda! pero horrible para presentarse en un banquete regio. Solo la lujuria y la venganza pueden alimentarse con ella. Cuando se refiere la virtud de este justo y la ferocidad del tirano que lo mandó degollar, se extremeca y derrite el corazón.

Juan es la estola riquísima de la virtud, el majisterio de la vida, la forma de la santidad, la norma de la justicia, el espejo de la virginidad, el título de la pudicia, el ejemplo de la castidad, el camino de la penitencia, el consejero de los pecadores, la regla de la fe. Juan es mayor que todo hombre, la suma de la ley igual á los ángeles, la sanción del Evangelio, la voz de los apóstoles, el silencio de los profetas, la lucecilla del mundo, el precursor de Cristo, el testigo fiel del Señor y el medio de toda la Trinidad. Y siendo tan grande, está bajo el poder de un incestuoso, se entrega á una adúltera, y su cabeza se adjudica en premio á una saltatriz. Oigamos esto pues todos los que viviendo seguimos el camino de la virtud y somos por lo mismo perseguidos y maltratados por los hombres perversos. Dios entonces sostuvo á aquel á quien antes había sostenido, en el desierto, llevando ceñido su cuerpo con una áspera correa de pieles y yendo vestido con un saco de cilicios; á aquel que era mas que profeta y el mayor entre todos los que habían nacido de mujer; y que por sostener las leyes divinas fué muerto por causa de una mujer incontinente y de una corrompida meretriz. Pensando esto, suframos con paciencia, resignación y constancia los males y persecuciones de este mundo, que los hombres malvados nos hagan sufrir para que un día seamos coronados con los santos que nos dieron tan nobles y gloriosos ejemplos de paciencia y sufrimiento, y viven y reinan con el Santo de los santos [1].

[1] Div. Crisostom. Hom. 16 ex variis in Math.

ORACION.

Amantísimo Redentor y Salvador mio Jesucristo. Concédeme la dicha de que por la santa predicacion de tus discipulos de tal manera quede enseñado, que jamás me ensoberbezca por ninguno de todos aquellos pensamientos y cosas que puedan excitar en mi corazon el envanecimiento y orgullo, sino que ayudado con tu gracia me glorie solo en tu cruz, y en todo aquello que excite y provoque á la humildad; y que esta misma doctrina santa del Evangelio confirme siempre y fortalezca mi corazon en la mas profunda humildad y en el ejercicio y práctica de todas las virtudes, para que libre de todos los vicios y adornado de todas aquellas merezca hallar en tí, en esta vida y en la otra, el descanso eterno de mi alma. Amen.

ORACION.

SOBRE LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAPTISTA.

Oh santo y bienaventurado precursor de Jesús, Juan Bautista, grande amigo de Cristo, lucilla que luces y ardes! ruega por mí, miserable pecador, á Dios Padre de las misericordias, para que ilumine é inflame mi corazon tenebroso y frío, á fin de imitarle sufriendo todas las persecuciones con paciencia, por Jesucristo, por su fe, por la verdad y por la justicia; y después de haber peleado como tú, con varonil constancia hasta la muerte, merezca por tus méritos é intercesion llegar felizmente á las reales bodas del Cordero immaculado, que con tu dedo enseñaste al pueblo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en el VIII de san Lucas, versículos 2 y 3. En el X del mismo, desde el versículo 1 al 12, y desde el 17 al 20. En el XIV de san Mateo, desde el 3 al 12, y en el VI de san Marcos desde el 17 al 31, todos inclusive.

La Iglesia usa del de san Lucas en las varias festividades que se nota on el la página 21, por lo que no se repiten ahora ni se pone

tampoco el texto del mismo Evangelio por estar compendiado en el X de san Mateo que allí se estampó.

Usa tambien del VI de san Marcos en la festividad de la degollacion de san Juan Bautista á 29 de agosto; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA EN LA FIESTA DE LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAPTISTA.

San Marcos, cap. VI, vs. 17 al 29.

En aquel tiempo envió Herodes á prender á Juan y le aberjó en la cárcel por causa de Herodias, mujer de su hermano Filipo, con la que se había casado. Porque Juan decía á Herodes: No te es lícito tener por mujer á la que lo es de tu hermano. Por lo que Herodias le amaba asechanzas y deseaba quitarle la vida; pero no podia conseguirlo, porque sabiendo Herodes que Juan era un varon justo y santo, le temia y miraba con respeto, y hacia muchas cosas por su consejo, y le oia con gusto. Mas en fin, llegó un dia favorable á los designios de Herodias, en que, por la fiesta del nacimiento de Herodes, convidó este á cenar á los grandes de la corte y á los primeros capitanes de sus tropas, y á la gente principal de Galilea: y habiendo entrado la hija de Herodias, bailó, y agradó tanto á Herodes y á los convidados, que dijo el rey á la muchacha: Pídemelo que quieras, que te lo daré. Y le añadió con juramento: Si, te daré todo lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino. Y habiendo ella salido, dijo á su madre: ¿Qué pedire? Respondióle: La cabeza de Juan Bautista. Y volviendo al instante á toda prisa á donde estaba el rey, le hizo esta demanda: Quiero que me des luego en una fuente la cabeza de Juan Bautista. Centristóse el rey; mas en atencion al impio juramento y á los que estaban con él en la mesa, no quiso disgustarla, sino que enviando á un alabardero, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El alabardero pues le cortó la cabeza en la cárcel y trájola en una fuente, y se la entregó á la muchacha. Lo cual sabido vinieron sus discipulos, y cogieron su cuerpo y le dieron sepultura.